

Segundo domingo después de la Epifanía

Romanos 12:6-16

“Tenemos, pues, diferentes dones, según la gracia que nos es dada: el que tiene el don de profecía, úselo conforme a la medida de la fe; el de servicio, en servir; el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con generosidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría. El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo y seguid lo bueno. Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza, sufridos en la tribulación, constantes en la oración. Compartid las necesidades de los santos y practicad la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis. Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran. Unánimes entre vosotros; no seáis altivos, sino asociaos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión.”

LOS DONES Y LAS OBRAS DE LOS MIEMBROS DE CRISTO

1. Esta lección debe ser más corta al comienzo y más larga al final. Su comienzo está conectado a la Epístola para el domingo anterior, y al final termina prematuramente, de modo que parece que fue arreglado por alguna persona indocta y torpe, que pensaba solo de leer en las iglesias y no de enseñar entre la gente. Por tanto, tenemos que unirla, como es correcto, para comprenderla mejor.

2. En la Epístola para el Primer Domingo después de la Epifanía, el apóstol enseña que los cristianos debemos renovar nuestras mentes sacrificando nuestros cuerpos, para que retengamos la verdadera naturaleza sencilla de la fe, y no pensemos que seamos buenos o mejores sin la fe, para que no surjan sectas y opiniones en conflicto entre los cristianos. Más bien, cada uno debe quedar en la medida de fe, tan débil o fuerte como Dios le haya dado. Debemos usar los otros dones para nuestro prójimo, para que los dones no se hagan su propio estatus ante otros que no los tienen, sino el estatus común de la fe debe quedar lo más alto y apreciado por todos, con que cada uno se debe satisfacer.

Pablo da una ilustración de esto y dice: “De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros”. (Romanos 12:4–5). Luego sigue la Epístola de hoy, que debe conectarse con ella: “Tenemos, pues, diferentes dones, según la gracia que nos es dada”, etc. Pablo junta los varios dones en los diferentes miembros del cuerpo común que somos en Cristo.

Esta es una ilustración muy clara, que Pablo cita con frecuencia tal como en 1 Corintios 12:12 y Efesios 4:16. Enseña en forma hermosa que todos los cristianos debemos ser iguales y satisfechos con la fe común única; que los dones, tan diferentes y grandes que sean, no se deben considerar como si alguien fuera piadoso, salvo o mejor ante Dios por

medio de ellos más que otra persona. Tal actitud, opinión e idea definitivamente es un error y una corrupción de la fe, que es lo único que prevalece ante Dios.

LA IMAGEN DE LA CRISTIANDAD COMO LOS MIEMBROS DEL CUERPO

3. Si miramos esta comparación, hallaremos, primero, que todos los miembros del cuerpo tienen su función en el cuerpo porque son miembros de él. Ninguno es un miembro porque funciona o ha merecido con su función ser un miembro; más bien, primero se hizo un miembro del cuerpo por el nacimiento, antes que funcionara o pudiera funcionar. Funciona porque es un miembro, y no se hace primero un miembro por las funciones que cumple. Por tanto, tiene su existencia y todas sus habilidades primero y gratuitamente del cuerpo.

Pero después, el cuerpo usa la función de los miembros para lo que necesita. El ojo no se ha hecho un ojo porque primero veía bien, y así mereció ser puesto en el cuerpo y hacerse un ojo. Más bien, primero se hizo un ojo del cuerpo, y tiene su existencia del cuerpo de modo que puede ver. Así, no puede jactarse de que merecía ni en lo mínimo estar en el cuerpo y hacerse un ojo por medio de su propia función de ver; más bien, tiene ese honor y derecho gratuitamente, sin su propia función, desde el nacimiento.

4. Asimismo, ningún cristiano puede jactarse de que con sus obras se ha hecho un miembro de Cristo, en la fe común con otros cristianos. No puede hacerse un cristiano con ninguna obra; más bien, porque ya se hizo cristiano por el nuevo nacimiento en la fe sin ningún mérito, hace buenas obras. Así es seguro que las buenas obras no hacen los cristianos, pero los cristianos hacen buenas obras, así como el fruto no hace el árbol, sino el árbol produce el fruto, y la visión no hace el ojo, sino el ojo hace la visión. Finalmente, en todas partes tiene que haber una esencia antes que haya una función; de modo que ninguna función produce la esencia, sino la esencia produce la función. Si las buenas obras no hacen el cristiano, entonces no obtienen la gracia de Dios, no borran ningún pecado, ni merecen el cielo. Nadie puede tener estas cosas a menos que sea un cristiano, y eso no lo tiene por ninguna obra, sino por el hecho de que es un miembro de Cristo, y esto sucede por la fe en la palabra de Dios.

5. ¿Qué, entonces, están haciendo los que nos enseñan a pagar nuestros pecados, conseguir la gracia y merecer el cielo con buenas obras, y que dicen que sus órdenes eclesíásticas son las carreteras especiales al cielo? ¿Qué deben hacer? Nos enseñan, como ves, obtener la esencia por la obra, de modo que, si un pedazo de carne habla, se hará una lengua, aunque no sea aparte de eso una lengua. De la misma forma, un pedazo de carne que traga y bebe se convertirá en una boca y un cuello; lo que camina y corre se hará un pie; lo que oye bien se convertirá en oído, lo que puede oler bien se convertirá en nariz; lo que amamanta en los pechos de su mamá nacerá como hijo. Si hay una manzana en el árbol, se hace un manzano. ¿No es una bonita lengua, cuello, pie, oído, niño y manzana?

6. “Bien”, dices, “¿Qué gente tan loca y trastornada son! ¡Emprenden cosas imposibles y trabajo y labor inútil!” Sí, los que convierten la verdad divina en una mentira y hacen

los dones de Dios, que se dieron para servir al prójimo, un servicio a Dios; que no quieren estar en un estado común de fe, sino quieren ser sacerdotes especiales, exaltados, mejores que otros cristianos, ¿de qué más son dignos? Eso es lo que les pasa cuando se enloquecen, se cargan con trabajo y labor inútil en cuanto a cosas imposibles, engañan al mundo solo por sus posesiones, y engordan sus pansas. El Salmo 14 dice de ellos: “¿No tienen discernimiento todos los que cometen maldad, que devoran a mi pueblo como si comieran pan y no invocan a Jehová? [es decir, no viven en la fe] Ellos temblarán de espanto” (Salmo 14:4–5). Es decir, aquí y allá tienen una conciencia perturbada en donde no hay por qué tenerla, porque se aferran a las obras, y no a la fe.

CADA MIEMBRO CONTENTO CON SUS PROPIOS PODERES

7. En segundo lugar, cada miembro del cuerpo está contento y satisfecho con lo que tiene y no pregunta si otro miembro es más exaltado. Por ejemplo, la nariz no es tan exaltado como el ojo, sin embargo, cuando ambos se comparan, la nariz no se enoja porque no es ojo, sino concede al ojo su nobleza y se agrada mucho de él. Por otro lado, el ojo no se jacta contra la nariz ni la desprecia, sino se agrada con todo lo que tienen los otros miembros. Como dice San Pablo: “y a aquellos miembros del cuerpo que nos parecen menos dignos, los vestimos más dignamente” (1 Cor 12:23). Vemos cómo la mano y el ojo olvidan su nobleza y cuidan y trabajan para cubrir y adornar a los miembros menos honorables; tanto como pueden, ponen su deshonra y vergüenza enfrente de su propio honor.

8. Por desiguales que sean los miembros en tamaño y honor, todos son iguales en ser miembros del cuerpo, uno tanto como el otro. El ojo no puede decir que tiene más derecho en el cuerpo que el miembro menos honorable. Tampoco puede jactarse de que sea mayor o más alto en el cuerpo que otro miembro que no trabaja. Así también todos los cristianos, sean fuertes o débiles en la fe, sean enfermos o perfectos, cada uno tiene tanto como el otro en Cristo y su cristiandad. Cada uno tiene a Cristo completamente como suyo. Puedo jactarme tan altamente en Cristo como San Pedro o la misma madre de Dios. No envidio a San Pedro porque es un miembro más exaltado que yo, porque eso me agrada. Por otro lado, él no me desprecia a mí por ser un miembro menos honorable, porque soy del mismo Cuerpo como él y tengo a Cristo tanto como él.

9. Los santos de obras no pueden aceptar esto sino tienen que producir sectas y distinciones entre los cristianos. Los sacerdotes quieren ser mejores que los laicos. Los monjes quieren ser mejores que los sacerdotes. Las vírgenes quieren ser mejores que la gente casada. Los que oran y ayunan quieren ser mejores que los que trabajan. Y los que llevan una vida estricta quieren ser mejores que los que sencillamente viven. Este es el diablo, y todo el infortunio contra que San Pablo aquí enseña. Entonces perecen la fe y el amor. La gente sencilla es alejada de la fe a las obras y los estados. Entonces todo se hace desigual. El clero quiere sentarse en la cima en donde solo ellos son honrados y se les besan los pies. No quieren honrar ni respetar a nadie. Finalmente, quieren interceder por los pobres cristianos y ser mediadores entre Dios y los cristianos. No dan ningún respeto a otros estados, como si solo ellos fueran miembros de Cristo y fueran los más

cercanos a él. Quieren que todos los demás se hagan miembros de Cristo solo por sus obras, por las cuales tomarán su dinero y posesiones. Son miembros del diablo, y no de Cristo.

CADA MIEMBRO SIRVE A TODOS LOS DEMÁS

10. En tercer lugar, cada miembro cumple su función en beneficio de los otros miembros y del cuerpo. El ojo ve lo que hace la mano y a dónde se camina el pie. El pie camina y lleva el cuerpo de modo que no se haga daño al ojo. Cada miembro siempre tiene cuidado y se ocupa por los demás, y no por sí mismo. No podemos hallar un ejemplo más hermoso del amor y las buenas obras que en los miembros de nuestro propio cuerpo. En nuestros cuerpos, Dios ha escrito su ley de amor con ejemplos vivos y poderosos, para que diariamente lo llevemos con nosotros y siempre lo tengamos ante nuestros ojos. El hombre cristiano debe actuar de la misma manera, dirigir sus obras no para su propio beneficio, sino en beneficio de los demás, y estar ocupado y cuidadoso en hacerlo. Entonces no habría divisiones ni sectas entre nosotros.

11. Pero estamos ciegos; ni vemos ni leemos la hermosa lección en nuestro propio cuerpo. Seguimos y buscamos nuestras propias buenas obras con las cuales ayudamos y salvamos sólo a nosotros mismos. Eso hace que la fe desaparezca, e impide que el corazón conozca a Cristo. Por eso, no hay descanso de buscar hacerse piadoso y librarse de los pecados. Sin embargo, porque no sabe que solo la fe ordinaria hace estas cosas, comienza con obras grandes y especiales. Luego la gente necia se agrada con esto, abandona la fe y el amor, y piensa que este es el verdadero camino al cielo. Luego otro comienza en otra manera, etc., hasta que no hay nada sino sectas. Finalmente, se exaltan y se desprecian entre sí, considerándose sumamente grandes, y quieren ser los mejores.

CADA MIEMBRO SUFRE Y SE REGOCIJA CON TODOS.

12. En cuarto lugar, cada miembro, como dice San Pablo (1 Corintios 12:26), tiene compasión del otro. Si otro tiene dolor o está triste, a él también le duele. Por otro lado, se regocija con otro. Cuando a otro le va bien, le va igualmente bien con él. En fin, ningún miembro vive y obra por sí mismo, son totalmente sujetos a y siervos unos de otros. Los más exaltados especialmente sirven más. Es como si todos dijeran: No quiero ser otra cosa; me basta que soy miembro justamente de este cuerpo y tengo tanto derecho y honor en él como todos los demás. Por tanto, no tengo que trabajar para ser un miembro y participar en el cuerpo, porque ya lo tengo, y estoy contento con ello. Más bien, mis obras servirán al cuerpo y sus miembros, mis queridos hermanos y compañeros. No quiero emprender nada especial, ni causar discordia y sectas”.

13. Esto es lo que hacen todos los cristianos verdaderos, piadosos, como se ha dicho muchas veces. Los que no lo hacen son falsos cristianos, peores y más dañinos que los paganos. No pueden dejar de producir sectas y de emprender sus propias ideas peculiares con que se inflan y se consideran muy superiores a los demás. Esto es como atraen a sí mismos los corazones de los sencillos. San Pablo aquí y en todas partes fielmente nos advierte contra ellos.

14. Asegúrate, entonces, de que te hagas un miembro en Cristo, lo cual solo lo puedes hacer por la fe y sin obras. Y una vez que eres miembro en Cristo y ahora tienes una función de Dios apropiada para ti, entonces ten cuidado de que te quedes en ella y que no seas arrastrado de ella. No pienses que eres mejor que los demás, sino sirve a otros con tu función, y deja que su función y oficio sea tan agradable para ti como la tuya propia, aunque sea menos importante. La fe te hace igual con todos, y a todos iguales contigo.

LA IGUALDAD CRISTIANA Y LOS DONES CRISTIANOS

Lo que San Pablo quiere aquí en esta Epístola es que nadie “tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Romanos 12:3). Es como si dijera: “Cada uno debe considerar aquello para lo cual tiene la gracia como su función y hacerlo. Pero no debe exaltarse sobre los que no tienen la misma gracia sino otra. Debe dejar que su función le agrade y considerarlo como se debe considerar, a saber, para que lo reconozca y lo deje ser la gracia de Dios. Debe saber que Dios asigna la medida de fe y su gracia en muchas formas, no solo de una manera”.

Pablo usa estas palabras aquí y llama todo la gracia de Dios y la medida de fe para que nadie considere solo su función como la gracia de Dios y la medida de la fe, como hacen los separatistas. Es el mismo Dios, Espíritu y Señor (como dice, 1 Corintios 12:5-11), que obra tanto esto y aquello, tanto grande y pequeño, tanto en ti y en mí, en la misma fe, amor y esperanza.

15. No es posible decir cuán exaltada, preciosa y necesaria es esta doctrina. Desafortunadamente, se prueba con creces por la desgraciada miseria en toda la cristiandad, que se ha encendida en llamas con sectas con incontables nombres, de modo que en ninguna parte parezca ya haber ni cuerpo ni miembros, ni fe ni amor. Esta unidad de mente en relación con los varios dones de Dios no puede tolerar doctrinas humanas a su lado. Por tanto, es imposible que el estado y las doctrinas de nuestros señores clericales existan con esta unidad; uno de ellos tiene que ser vencido.

16. Puedes entender la “medida de fe” como la fe misma, de modo que una fe más fuerte se da a uno, y a otro una más débil, como Dios lo asigna. Pero pienso que cuando Pablo lo llama “la medida de fe”, entiende que la fe, como la posesión principal, trae consigo los otros dones. Por tanto, se llama “la medida de fe” y no la medida de nuestra voluntad o mérito, porque no hemos merecido estos dones. En donde existe la fe, Dios la honra con ciertos dones, que se dan o se reparten, tanto como él quiere, como dice Pablo: “Repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:11); y en Efesios 4:16: “a cada miembro en su medida” (traducción propia del alemán de Lutero). Precisamente por esa razón también dice que hay “diferentes dones”, no según nuestro mérito, sino “según la gracia que nos es dada”, de modo que la gracia, así como la fe, trae consigo una joya y don tan exaltado, a cada uno conforme a su medida. En todas partes las obras y el mérito se excluyen, y se nos dirige usar nuestras obras solo para nuestros prójimos.

“El que tiene el don de profecía, úselo conforme a la medida de la fe”.

17. Aquí enumera algunos de los dones, es decir, las funciones de los miembros cristianos, y pone en primer lugar la profecía. La profecía es de dos clases: una es la predicción de acontecimientos futuros, como hicieron todos los profetas en el Antiguo Testamento, y los apóstoles. La otra clase es la explicación de las Escrituras, como dice: “Mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas” (1 Corintios 14:5). Pero porque el evangelio es la última predicación y profecía antes del Día del juicio, en el cual lo que sucederá se profetiza públicamente, pienso que San Pablo aquí no habla de otra cosa sino la profecía de que habla en 1 Corintios 14, a saber, la explicación de la Escritura. Esta clase de profecía es un don común, constante, y provechoso para los cristianos; la otra forma es excepcional. Él mismo lo muestra cuando dice que la profecía debe estar en conformidad con la fe. Sin duda quiere decir la fe cristiana, que entonces comenzaba. Ninguna otra fe ni doctrina vendrá. Puesto que dice que esta profecía debe ser conformada exactamente con esta fe común, es muy claro que no está hablando de cosas futuras.

18. Este es su significado: Los que tienen el don de explicar la Escritura deben tener cuidado de explicarla en tal forma que se conforme con la fe y no enseñe contrario a la fe o diferente de lo que sostiene la fe, así como dice: “El fundamento está puesto, y nadie puede poner otro fundamento, y cada uno debe cuidar cómo edifica sobre él, para que no edifique sobre él paja, heno y madera, sino más bien oro, plata y piedras preciosas.” (1 Corintios 3:10–12, paráfrasis de Lutero).

Aquí rechaza con poder toda doctrina y explicación de las Escrituras que nos lleva a nuestras obras y bajo el nombre de la fe hace cristianos falsos o santos de obras. Todo lo que nos enseña a quitar los pecados, salvarnos y hacernos piadosos, y tener una buena conciencia de otra forma que solo por la fe sin obra alguna inmediatamente ya no está de acuerdo con la fe y no asiente a ella, tal como toda la vida monástica, la aparición de fantasmas, el purgatorio, y cosas por el estilo.

19. Nota que San Pablo no considera tan altamente la profecía acerca de cosas futuras, tales como en tiempo recientes las de Lichtenberger, el abad Joaquín, y otras similares. Tales profecías, aunque gratifican la curiosidad cuando muestran lo que sucederá con reyes, príncipes, y otros estados del mundo, sin embargo, son profecías innecesarias en el Nuevo Testamento, puesto que ni enseñan ni mejoran la fe cristiana. Así, este es uno de los menores de los dones de Dios, y a veces viene del diablo. Pero explicar las Escrituras es el don profético más noble, alto y grande, porque todos los profetas del Antiguo Testamento se llamaron profetas especialmente porque profetizaban acerca de Cristo, como dice Pedro (Hechos 3:18 y 1 Pedro 1:10). Además, guiaban al pueblo de su día por sus explicaciones a entender por fe la palabra divina. Fueron llamados profetas por eso mucho más que porque a veces predecían algo acerca de reyes y asuntos temporales. Ellos mismos también hacían eso, y frecuentemente se equivocaban también. Pero practicaban diariamente la primera clase, y no erraban en eso, puesto que la fe con que concordaba su profecía no yerre.

20. Estas son palabras poderosas con las cuales Pablo hace la fe el amo, el juez y la norma sobre toda doctrina y profecía. Todo debe estar sujeto a la fe y ser juzgado y mantenido de acuerdo con ella. Mira qué clase de doctores de las Sagradas Escrituras San Pablo establece, a saber, todos los que tienen fe, y nadie más. Ellos deben ser los jueces y decidir toda doctrina, y su veredicto debe ser válido, aunque trate del Papa, los concilios, y el mundo entero. La fe es y debe ser señor y Dios sobre todos los maestros. Por esto puedes ver cómo el clero ha actuado cuando no dejaron ese veredicto a la fe, sino lo arrogaron para sí mismos, y atribuyeron todo poder, multitud y alteza mundial a sí mismos. Pero debes saber que el Papa, los concilios y el mundo entero con sus doctrinas están sujetos al cristiano más pequeño, aunque fuera un niño de siete años que tiene fe; deben aceptar su veredicto en sus doctrinas y leyes, como dice Cristo: “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños, que creen en mí” (Matthew 18:10,6). Otra vez, dice: “Y todos serán enseñados por Dios” (Juan 6:45). No es correcto rechazar al que Dios mismo enseña; más bien, todos deben escucharlo.

“el de servicio, en servir”

21. El segundo don de Dios es “tener un oficio”. Entre los cristianos, este oficio fue cuidar a las viudas y huérfanos, repartiéndoles bienes temporales, como lo hacían Esteban y sus asociados (Hechos 6:1-5), y ahora los mayordomos y rectores de los monasterios deben hacer eso. Similares fueron los que servían a los apóstoles y profetas, los predicadores y los maestros y estaban a la mano para servirlos. También similares fueron las mujeres que seguían a Cristo y lo servían con sus posesiones; y Onésimo, Tito, Timoteo y los otros discípulos de San Pablo. Todos estos tuvieron que proveer el sustento temporal para que los apóstoles y predicadores estuvieran libres y sin impedimentos para dedicarse a la predicación, la enseñanza y la oración.

22. Pero ahora sucede, como vemos, que los señores espirituales son príncipes y reyes, que no solo descuidan el predicar y orar, sino también no distribuyen bienes temporales a los pobres o las viudas o los huérfanos; Más bien, los malgastan para su propio lujo. No profetizan ni sirven; sin embargo, se sientan en el mismo lugar y tienen el nombre, para que puedan impedir y perseguir a los verdaderos predicadores y siervos, destruir la cristiandad, y malgastar sus posesiones.

“el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación”

23. En la Epístola para el día de la Navidad, Tito 2:11-15, se dijo que la enseñanza consiste en enseñar a los que no conocen la fe y la vida cristiana, pero la exhortación es cuando a la gente que conoce y entiende se le incita, despierta, impela, reprueba y ruega con toda perseverancia, como dice: instar, “redarguye, reprende, exhorta” (2 Tim 4:2) para que los cristianos no se cansen, se hagan flojos y negligentes porque saben lo que deben hacer, como sucede con demasiada frecuencia. Sin embargo, la profecía debe proveer los medios para estos que enseñan y exhortan, porque todo el que explica las Escrituras ofrece y pone en su mano lo que deben enseñar y exhortar, de modo que la profecía es la fuente y manantial de toda enseñanza y exhortación.

“el que reparte, con generosidad”

24. Este “dar” se dice de la propiedad común que la gente reúne como en una caja comunitaria, bajo la administración de los siervos y oficiales de que se habló antes, de la cual deben dar a los maestros, los profetas, los pobres, las viudas y los huérfanos. Se había mandado en el Antiguo Testamento que además del diezmo anual que daban a los levitas, tenían que agregar un diezmo especial cada tercer año para los pobres, las viudas y los huérfanos (Deu 26:12). Esta contribución no se especifica por nombre en el Nuevo Testamento, no está registrada en leyes, porque es un tiempo de gracia, cuando a todos se les exhorta hacer tales cosas voluntariamente, como dice San Pablo: “El que es enseñado en la palabra haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye” (Gál 6:6). Otra vez: “hagamos bien a todos, y especialmente a los de la familia de la fe” (versículo 10).

25. Este dar se debe hacer con sinceridad, es decir, libre y gratuitamente, solo para la gloria de Dios, sin buscar favor, honor o provecho; no poniendo uno por encima de otro, dando mucho o todo al que favoreces y no dando nada a otro a quien no favoreces. En el pasado, los beneficios y feudos se han distribuido según la amistad y la ventaja por amor al dinero, el honor y el provecho, aunque casi todos los feudos fueron instituidos por causa del purgatorio y el infierno. Más bien, debes contribuir libremente, libremente, no mirando, buscando ni deseando nada excepto que Dios se agrade y la gente lo necesite.

San Pablo alaba esta sinceridad en muchos lugares, porque es muy escasa. Aunque hay muchas contribuciones, todas se pierden, porque no se contribuyen con sinceridad; tales son todos los monasterios e instituciones dotadas. Así como no se contribuye con sinceridad, Dios no lo hace usarse de forma cristiana. Como se da en una forma no cristiana, se tiene que malgastar en una forma no cristiana, como dice Miqueas: “Con salarios de prostitutas los juntó, y salario de prostitución volverán a ser” (cap. 1:7). Se refiere a la prostitución espiritual, a saber, la incredulidad, que nunca actúa con sinceridad.

“el que preside, con solicitud”.

26. Este “gobernar”, o presidir todavía se debe entender con relación a los oficios comunes en la iglesia cristiana, no acerca de los gobernantes temporales, como las cabezas de las familias y los príncipes, sino de los que presiden en la iglesia, como dice: “El que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?” (1 Tim 3:5). Estos son los que deben supervisar todos los oficios, para que los maestros cumplan su oficio y no sean negligentes, que los que sirven distribuyan correctamente la propiedad y no sean flojos, que los pecadores sean reprendidos y excomulgados, etc., para que todos los oficios se cumplan correctamente. Ese debe ser el oficio de un obispo. Por eso se llaman “obispos”, es decir, supervisores y *antistites* (como Pablo los llama aquí), es decir, los que presiden y gobiernan.

27. Es especialmente apropiado que ellos estén llenos de cuidado, no por ellos mismos (lo cual Cristo prohíbe, Mateo 6:25), sino por otros, para que sea un cuidado nacido del amor y no del interés. Porque es apropiado que tal persona preste atención a todo y que mantenga y promueva todo, puesto que todo depende de él, así como el lugar a donde va el caballo y el carro depende del conductor, y así no debe ser negligente, dormilón, ni flojo, sino preciso y cuidadoso, aun si otros fueran negligentes y sin cuidado. Si quiere estar flojo y negligente, entonces ninguno de los otros oficios será vigoroso; entonces sucedería como cuando el que maneja el carro duerme y deja que el caballo vaya por su propio camino. En tal situación, no se puede esperar nada bueno, especialmente en las calles y caminos peligrosos en que la cristiandad tiene que viajar, entre los demonios que en cada momento gustosamente derrocarían y asesinarían.

28. ¡Cómo Pablo invierte el orden al no poner el gobernar arriba y enfrente, sino hace que preceda la profecía, y luego servir, enseñar, exhortar y dar, y pone el presidir en el último entre los oficios comunes, en el sexto lugar! Sin duda, el Espíritu hizo eso debido a la futura abominación, cuando el diablo produciría pura tiranía y gobierno terrenal en el cristianismo, como sucede ahora, cuando el gobernar está por encima, y todo en la cristiandad tiene que ser guiado por su tiranía y capricho. Toda profecía, servicio, enseñanza, exhortación y dar perecerán antes que esta tiranía sufra algún daño o se deje ser dirigida por la profecía, la enseñanza y los otros oficios.

29. Debemos recordar que nada es más alta que la palabra de Dios, y su oficio está sobre todos los otros oficios. Por tanto, el oficio de gobernar es su siervo y debe producir y despertarlo, así como el siervo despierta a su amo del sueño o de otro modo le exhorta a cumplir su oficio. Eso es la base de lo que dice Cristo: “El mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que dirige, como el que sirve” y “el primero será el último” (Luc 22:26; Mar 9:35). Por otro lado, los maestros y profetas deben obedecer, seguir y someterse a los líderes, de modo que de esta forma cada obra y oficio cristiano debe servir a los demás. Así lo que San Pablo enseña en esta Epístola todavía está vigente: que nadie debe pensar que es el mejor, exaltarse sobre otros, ni considerarse como más de lo que es; más bien, aunque un oficio y don es más noble que otro, sin embargo, cada uno debe servir y someterse al otro. Así el oficio de gobernar es el menor, y sin embargo todos los demás están sujetos a él; y, por otro lado, sirve a los demás con su cuidado y supervisión. Por otro lado, la profecía es el más alto, y sin embargo sigue al gobernante.

“el que hace misericordia, con alegría”.

30. Los seis puntos anteriores pertenecen al gobierno común en la iglesia cristiana, que la gente ahora llama “el orden eclesiástico”. Pablo ahora procede a enumerar puntos que pertenecen a todos en la iglesia. Sin embargo, estos seis puntos no se deben separar uno del otro para que cada uno se aplique solo a una persona. El que profetiza ciertamente puede también enseñar, amonestar, servir y gobernar, y viceversa. Cada uno debe mirar lo que es llamado a hacer, uno o dos de estos, y cumplir con eso, en tal forma que no se exalte sobre otros por medio de ellos, como si él fuera el mejor, y así producir sectas

separadas de los dones comunes de Dios. Más bien, debe quedarse en la fe común, y dejar que cada don sirva y sea sujeto a los demás.

31. “Misericordia” es toda clase de cosas buenas que la gente hace por sus prójimos, aparte de la contribución común de que hablamos antes. El apóstol aquí habla en hebreo, en cual idioma *hesed*, a saber, “misericordia”, significa lo mismo como el “*beneficium*” en latín; el griego, “*eleemosyna*”; y en el alemán *Wohltat* “obra buena”, que la gente comúnmente llama “limosnas”. Cristo habla de esto en todos los Evangelios: “Cuando, pues, des limosna” (Mateo 6:2); es decir, cuando haces tu buena obra; “Misericordia quiero y no sacrificios” (Mateo 12:7); “El que usó de misericordia con él” (Lucas 10:37), etc., en donde la palabra “misericordia” es equivalente a “beneficio: “Bienaventurados los misericordiosos” (Mat 5:7).

32. Así Pablo quisiera decir: “Qué el que tenga la gracia de conferir beneficios sobre otros, lo haga con ánimo y alegría”. Declara: “Dios ama al dador alegre” (2 Cor 9:7), lo cual él mismo explica al decir: “no con tristeza ni por obligación”. Es decir, el que da no debe vacilar ni temblar, no estar torpe o tarde en dar, ni buscar en todas partes razones por no dar, dar en tal forma que la gente no se alegre sino se haga hosca, y así disuadirlo de dar. Más bien, debe estar listo y dispuesto. Así como Salomón también dice: “No digas a tu prójimo: ‘Vete, vuelve de nuevo, mañana te daré’, cuando tengas contigo qué darle” (Proverbios 3:28). “*Que cito dat, bis dat. Rursus: Tarda gratia non est gratia*”. “Aquel da lo doble que da rápidamente. Un favor que llega tarde no es favor”. Por tanto, la palabra “*hilaros*” no significa “alegre”, sino que lo hace gustosa, animada, voluntariamente, y con amor, que no requiere mucho pedir ni rogar ni recordar.

LAS OBRAS DE LOS MIEMBROS DE CRISTO.

“*El amor sea sin fingimiento*”.

33. ¡Con cuánta precisión el apóstol puede retratar la naturaleza mala y verdadera de una cosa! La profecía es mala cuando no está de acuerdo con la fe, y eso es la desgracia y el peligro común en toda profecía. El error común en servir es que la gente sea indolente en hacerlo, y otra obra siempre parece preferible. Otra vez, el error prevaleciente en la enseñanza y la exhortación es hacer otra cosa que no sea la enseñanza y la exhortación; más bien, engañan con palabrería humana. El error en dar es que rara vez se hace con sinceridad. Los gobernantes comúnmente buscan días seguros e indolentes cuando no tienen que molestarse con cuidados y problemas. Las buenas obras raramente se hacen con un corazón animado y voluntario. Así también el amor puro es una casa excepcional en la tierra. No que el amor en sí sea impuro, sino que la gente finge amar cuando no hay nada tras él, como también dice San Juan: “Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:18).

34. Los que sienten odio en sus conciencias y sin embargo fingen amar, y gran hipocresía por el estilo, están lejos de este pasaje. San Pablo quiere decir los espíritus libres que andan como verdaderos cristianos, y ciertamente saben hablar acerca de

Cristo, pero son descuidados en sus obras, no ven que no se interesan para nada en su prójimo, no ayudan a los necesitados, no reprenden a los malos, dejan que todo vaya como va, y no producen ningún fruto de su fe. Más bien, se ahoga la verdadera palabra de Dios entre ellos, como la semilla que se sembró entre los espinos, como dice Cristo (Mat 13:22). Pero hemos dicho suficiente en otra parte sobre la naturaleza del amor verdadero.

“Aborreced lo malo”

35. Aquí está una gran parte del amor, una parte que no es común, porque la hipocresía y el amor falso nos ciegan grandemente de modo que guardamos silencio, somos tolerantes, hasta nos reímos y nos agrada cuando nuestro prójimo hace el mal. No queremos enojar u ofenderlo aborreciendo su mal, reprendiéndolo, y separándonos de él, especialmente si eso pusiera en peligro nuestro cuerpo y vida, tal como cuando debemos tratar con los vicios de los grandes señores. Eso ciertamente es un amor fingido, porque San Pablo habla no solo del odio en nuestro corazón, sino también de demostrarlo externamente en palabra y obras. Pero el verdadero amor no presta atención a cuán cercano está el amigo, cuán útil es su favor, cuán honorable es su compañía, cuán horrible es el enemigo. Aborrece lo malo en él y lo reprende, o se huye de él, sea su padre, madre, hermano, hermana, o lo que sea. La naturaleza mala ama a sí misma y no evita lo que es malo en ella, sino lo encubre y adorna. La ira se tiene que llamar rigor; la avaricia se tiene que llamar conveniencia; la malicia se tiene que llamar astucia.

“y seguid lo bueno”.

36. La segunda parte del amor perfecto es que, por otro lado, se aferra a lo bueno, aunque el peor enemigo lo haya hecho y lo opuso lo máximo posible. El amor no distingue las personas, y tampoco teme sufrir por eso. Pero por amor a la ventaja, el honor o el provecho, el amor falso se atreverá a abandonar el bien hecho por un amigo, si hubiera persecución o peligro, a no decir nada de aferrarse al bien hecho por un enemigo o apoyarlo, sin importar cuán bueno es. En resumen, los proverbios: “El mundo es falso y lleno de infidelidad” y “buenas palabras, pero no hay nada tras ellas” muestran que la naturaleza humana no tiene nada sino amor falso, fingido, y que no hay verdadero y puro amor excepto en donde está el Espíritu de Dios.

Estos dos puntos se contienen en forma hermosa en el versículo del salmo: “aquel a cuyos ojos el indigno es menospreciado, pero honra a los que temen a Jehová” (Salmo 15:4), en otras palabras, se aferra al bien, aun cuando un enemigo lo hace, y aborrece lo malo, aun cuando sea hecho por un amigo. Si miras con estos dos puntos cómo la gente actúa cuando presta, compra, da, reprende, enseña, sufre y tolera, etc., entonces ciertamente verás que no es nada sino hipocresía.

“Amaos los unos a los otros con amor fraternal”.

37. La prueba de la clase más alta de amor es que los cristianos deben tener amor especial unos por otros, más allá del amor común hacia otros, porque la palabra “amor

fraternal” significa el amor que padre y madre tienen por sus hijos, y hermanos unos por otros. Es como si dijera: “Ustedes los cristianos no solo deben amarse unos a otros, sino cada uno debe tener un amor de todo corazón como el amor de una madre, un padre, un hermano”. San Pablo se jacta de que sentía así hacia los tesalonicenses (1 Tesalonicenses 2:7). Isaías hablaba de los apóstoles cuando dijo: “Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros” (Isaías 66:13). San Pedro dice: “amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables” (1 Ped 3:8). Podemos aprender qué hace, sufre y tolera este amor bondadoso, fraternal en nuestros prójimos de una madre común y su hijo. Cristo ha hecho y todavía hace lo mismo para nosotros, y tolera a nosotros, sucios, imperfectos, débiles e imperfectos, aun cuando parece que no somos cristianos. Pero su amor nos hace cristianos, a pesar de nuestras imperfecciones.

“en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros”.

38. Esto trae consigo el amor y la bondad de Cristo, de modo que debemos considerar uno a otro alta y gloriosamente por amor de Cristo que está en nosotros. Eso no me permite despreciar a nadie debido a su debilidad, más bien, debo pensar que mi Señor habita en esa vasija débil y lo honra con su presencia. Si Cristo lo considera digno, alguien a quien él es misericordioso y favorable de todo corazón, de modo que él tiene tanto en Cristo como yo, entonces debo ahincarme ante él y honrarlo como el templo viviente de mi Señor y su asiento. ¿Qué importa si el asiento en que se sienta Cristo es insignificante? Si no es demasiado insignificante para que él se sienta allí, ¿por qué no debes tú, su siervo, honrarlo?

“En lo que requiere diligencia, no perezosos”

39. Esto quiere decir toda clase de actividad o negocio con que la gente trata de y promueve lo divino. San Pablo quiere que seamos diligentes, hábiles y activos en eso. No debemos ser como los que comienzan una cosa hoy, y mañana otra, pero no se quedan con nada, y fácilmente se cansan y se molestan. Hay algunos que rápidamente comienzan algo bueno con toda seriedad, si es disciplinar el cuerpo, orar, leer, ayunar, dar, servir, o lo que fuera. Pero cuando lo han hecho dos o tres veces, se hacen flojos y no lo llevan a cabo, porque ha pasado el primer fervor, como lo hace la curiosidad cuando está satisfecha. Luego se hacen gente inestable e incompetente. Por eso siguen las palabras:

“fervientes en espíritu”.

40. La curiosidad y un corazón tierno también son fervientes al comenzar, y quieren hacer todo a la vez; pero una vez que han comenzado, cesan por sí solos, a no decir nada de cuando sienten la oposición, el desagrado y la persecución. Por tanto, en los asuntos divinos tiene un fervor carnal, que no dura. Pero el fervor espiritual aumenta entre más que hace y actúa, porque es la naturaleza del espíritu que no se cansa, por la flojera se hace débil y cansado, pero por el trabajo se hace fuerte. Pero se hace más ferviente por la persecución y la oposición; entonces, todo lo que comienza, eso sigue y se cumple, aunque todas las puertas del infierno se le oponen.

“sirviendo al Señor” (adaptándose al tiempo).

41. Algunos libros tienen “Sirve al Señor”, porque en griego *Kairo* y *Kyrio* suenan casi igual. Uno significa “tiempo”, el otro “Señor”. Todavía estoy indeciso en cuanto a cuál es mejor. Ciertamente podría ser “Sirve el tiempo”, es decir, “adáptate al tiempo”. No sería un error si fuera “Sirve al Señor”. Que cada uno escoja lo que le agrade. “Servir al Señor” significa tanto como decir: No pienses nada, sino que todo lo que haces, lo estás haciendo para el Señor mismo y sirviéndolo con ello. No busques gloria para ti en ello, y no seas negligente en ello por el temor o el favor de la gente, como dijeron cuando construyeron el templo: “Somos los siervos del Dios del cielo” (Neh 2:20). Tal fue la respuesta a los que trataban de impedirlos, como si dijeran: “No servimos a nosotros mismos, y no lo hacemos para nuestra propia gloria, sino servimos al Señor del cielo”.

Sin embargo, me quedaré con la lectura: “Adáptense al tiempo”. Es equivalente a decir: Sean guiados por el tiempo, y úsenlo correctamente, de modo que hagan cada cosa en su tiempo, como dice Salomón: “Tiempo de destruir y tiempo de edificar, tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de hacer duelo y tiempo de bailar” (Eclesiastés 3:3-4), etc. Hay un tiempo para todo. Es decir, eres libre y no estás atado al tiempo, de modo que puedes hacer cómo y qué necesitas hacer, como dice el Salmo 1:3: “da su fruto en su tiempo”.

42. Esta es una enseñanza exaltada y hermosa contra los santos de obras, que están tan atados al tiempo que el tiempo tiene que ajustarse a ellos y adaptarse a su vida. Han designado horas para orar, comer, tomar, para hacer esto o aquello, y para vivir. Si llegaras a uno de ellos para ayudarte en gran necesidad, tendrías que morir antes que él abandonara sus asuntos y te ayudara.

No se adapta al tiempo; es decir, no hace lo que el tiempo presenta a él, como debe. Más bien, deja el tiempo pasar en el cual podría haber hecho una obra de amor, y así el tiempo debe ser guiado por él. Pero eso nunca ocurrirá, porque nada vendrá a ellos en que pueden hacer bien, porque han dejado todo pasar y se quedan estancados en sus propios asuntos. Además, no son adaptados al tiempo en sus propios asuntos, porque se ríen cuando deben llorar; y otra vez están tristes cuando deben estar felices; alaban cuando deben reprender; etc. Todos sus tiempos son desincronizados, y sucede que yerren en todo tiempo, puesto que han atado todos sus asuntos a ciertos tiempos. El mundo hace lo mismo.

“gozosos en la esperanza”

43. Esto realmente sería un punto en que se adaptan al tiempo. Los impíos se regocijan cuando tienen suficiente propiedad, honor y comodidad, pero se llenan de tristeza cuando cambia el tiempo. Su gozo es un gozo inoportuno, y su tristeza es tristeza inoportuna, porque se regocijan cuando es un tiempo para tristeza, y están tristes cuando es un tiempo para gozo. Pero los cristianos son adaptados de modo que no tienen gozo en la abundancia y el consuelo temporal, sino solo en Dios. Por eso se regocijan más cuando las cosas van peor según la carne. Entre más se alejan de los tesoros temporales, más cerca de ellos está Dios con sus tesoros futuros. Así San Pablo enumera el gozo

entre los frutos del Espíritu (Gálatas 5:22), puesto que la carne no produce tal gozo. En otro lugar habla del “gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17).

“sufridos en la tribulación”

44. El evangelio en todas partes asigna a los cristianos días malos y la cruz. Por eso el evangelio nos arma solo con la armadura divina; es decir, no nos enseña cómo eliminar la aflicción y tener paz, sino cómo quedarnos bajo ella y conquistarla. La aflicción no se quita con nuestra ayuda y oposición, sino se hace débil y se cansa; sigue hasta que ya no puede, y luego de por sí se para y se hace impotente. De igual manera las olas pegan la playa, y luego se retiran por sí mismas y desaparecen. No ceder, sino perseverar es de valor aquí; también de esto se habló en el Adviento.

“constantes en la oración”

45. En la tercera Epístola de Adviento hablamos bastante de lo que es la oración, en donde San Pablo no describe mucho parlotear de un libro de oraciones o aullar en las iglesias. Nunca orarás algo bueno de un libro; ciertamente puedes leer de él y ser instruido en cómo orar y qué pedir, y ser motivado, pero la oración debe salir libremente del corazón sin ningunas palabras afectadas y prescritas; sus palabras deben venir de un corazón encendido.

Especialmente dice que debemos ser “constantes en oración”, es decir, no parar ni hacernos flojos si no viene rápido lo que pedimos. La mejor cosa en la oración es la fe que depende de la promesa de Dios de que él oirá, así como ha dicho. Si la fe no recibe inmediatamente lo que cree, entonces espera; aunque parece que será postergado, viene. Con referencia a esta constancia, Cristo cuenta sus parábolas acerca del juez injusto (Lucas 18:1-8) y el amigo inoportuno (Lucas 11:5-8). En todas partes nos enseña tener fe cuando oramos, tal como: “Y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21:22), etc., y “¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra?” (Mateo 7:9).

“Compartid las necesidades de los santos”

46. Esto se ha puesto cabizbajo. Diariamente deseamos y buscamos que los santos contribuyan a nuestras necesidades. Por eso hay tantas dotaciones, altares, y tanto culto a los santos en el mundo entero. San Pablo enseña que debemos cuidar a los santos en sus necesidades. Pero cuando despreciamos a los santos vivos que nos necesitan, recibimos lo que merecemos cuando tenemos que ir y buscar a santos muertos y buscar nuestras necesidades entre ellos. San Pablo aquí se refiere a los santos en la tierra, es decir, a los cristianos, y los llama “santos” para honrar la palabra y gracia de Dios, por las cuales son santos en fe sin obras.

47. Sería una gran vergüenza y blasfemia que un cristiano negara que es santo, porque entonces estaría confesando que la sangre de Cristo, la palabra de Dios, el Espíritu y la gracia y Dios mismo no eran santos tampoco, todo lo cual Dios ha tornado y aplicado a él para que sea santo.

Por eso Pablo abiertamente se llama un santo: “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia” (Efe 3:8). Y quiere que aquellas mujeres sean consideradas viudas si han “lavado los pies de los santos” (1 Timoteo 5:10). Así también el Salmo 86:2 dice: “Guarda mi alma, porque soy piadoso [santo]”. San Pedro cita a Moisés y dice: “Sed santos, porque yo soy santo” (1 Ped 1:16). Así la palabra “santo” en la Escritura se usa solo de los que viven.

Pero hemos tenido que leer otros libros que las Escrituras, y así, por nuestros seductores, hemos caído en la humildad calumniosa que ahora solo llamamos a los muertos santos y lo consideramos la mayor arrogancia si alguien de nosotros se llamara santo. Sin embargo, todo el mundo quiere ser llamado cristiano, lo cual suena más alto que “santo”, puesto que Cristo es el Santísimo, y los cristianos se llaman así por Cristo, es decir, por el Santísimo. Esta miseria ha sido ayudada por la abominación que la gente llama la canonización de los santos. El Papa ha participado en esto, de modo que la gente piensa que solo aquellos son santos que están muertos o canonizados, y que han merecido eso con sus obras. Pero ¡con cuánta frecuencia el diablo ha sido canonizado como un santo, y hemos considerado santos a los que pertenecen al infierno!

48. San Pablo habla de “las necesidades de los santos” para estimularnos y encendernos tanto más a hacer bien a los cristianos, puesto que estamos inclinados a servir a los santos y considerar lo que aplicamos a los santos como algo grande, que efectivamente es el caso. Pero nos muestra los verdaderos santos, a saber, los que tienen necesidad, es decir, los que parecen ser mucho menos que santos. Más bien, parecen ser pobres, abandonados, hambrientos, desnudos, encarcelados, medio muertos, que necesitan toda ayuda y no pueden ayudarse a sí mismos. Además, el mundo los considera malditos y malhechores que merecen toda su desgracia. Así que hay muchos más santos de los que miramos en el cielo, buscando e invocando para que nos ayuden. En el día final, Cristo presentará a tales santos y dirá: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mat 25:40). Luego los grandes adoradores de santos serán avergonzados totalmente y asustados ante estos santos, a quienes no querían considerar santos durante sus vidas como deben haberlo hecho. Los santos no los ayudarán, a quienes fueron obligados a servir, pero en vez de eso los hacían ídolos.

“y practicad la hospitalidad”.

49. Aquí comienza a enumerar algunas necesidades de los santos y enseña que debemos interesarnos por ellos. Eso no debía suceder solo en palabras, sino en obras, para que mostremos la hospitalidad en donde fuera necesario. Conectado con todo eso son todas las otras necesidades físicas, tales como alimentar a los hambrientos, dar a beber a los sedientos, vestir a los desnudos. En los primeros días del evangelio, los apóstoles y discípulos no se sentaban en palacios, conventos y monasterios, ni torturaban al pueblo con cartas y mandatos como lo hacen los obispos idólatras hoy. Más bien, viajaron por la tierra como peregrinos, y no tenían casa ni hogar, cuarto ni lugar, ni cocina ni sótano. Por tanto, había bastante necesidad en todas partes a mostrar hospitalidad a los santos y

a servirlos, de modo que se predicara el evangelio, aparte de sus otras necesidades en su sufrimiento y tortura.

“Benedicid a los que os persiguen”

50. Porque ha estado pensando en las necesidades de los santos, ahora también declara que debemos actuar en forma cristiana hacia los que nos persiguen, que, en gran medida, son culpables de las necesidades de los santos. Nota que no es un consejo, sino un mandato y un fruto del Espíritu que debemos amar a nuestros enemigos, hacerles bien y hablar bien de ellos, para que no pienses que es solo un consejo para los perfectos, que deben bendecir a los que les persiguen, como antes se nos enseñaba, porque en Mateo 5:14 Cristo enseña esto como algo necesario para todos los cristianos. “Bendecir” quiere decir que deseemos para nuestros perseguidores todo bien en cuerpo y alma. Cuando el enemigo ataca tu honor, debes decir “Dios te honre y te guarde de toda vergüenza”. O si echa mano a tu propiedad, debes decir: “Que Dios te dé éxito y salvación”, etc.

“benedicid y no maldigáis”.

51. Esto se dice para todos en general, aunque no sean perseguidores. Quiere decir: “No solo deben bendecir a sus perseguidores, sino también llevar toda su vida en tal forma que no maldigan a nadie y bendigan a todos, para que no deseen el mal para nadie, sino solo bien para todos”. Debemos hacerlo porque somos hijos de bendición, y, como dice San Pedro: “Sabido que fuisteis llamados a heredar bendición” (1 Pedro 3:9) con que el mundo entero es bendecido por medio de Cristo: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra” (Gén 22:18). No tiene sentido que el cristiano maldiga, ni siquiera al peor enemigo y malhechor, puesto que se le ha encomendado tener en sus labios el evangelio. La paloma no llevó a Noé en el arca veneno ni un cardo; sino una rama de olivo en su boca (Gén 8:11). El evangelio no es otra cosa sino una palabra dulce, bendita, pacífica y sanadora. Trae solamente bendición y gracia a todos en el mundo; por tanto, ninguna maldición puede existir a su lado, sino solo bendición. Por eso, una boca cristiana debe ser una boca que bendice, no una boca que maldice. Si es una boca que maldice, no es una boca cristiana.

52. Aquí se tiene que distinguir entre maldecir y reprochar o reprender, porque reprochar y reprender es algo muy diferente de maldecir y condenar. Maldecir esencialmente significa desear que algo malo le pase a alguien. Pero reprochar y reprender es estar enojado por y contra el mal que ya ha sucedido para que se quite. De hecho, maldecir y reprender están opuestos. La maldición desea que vengan el mal y el infortunio; la reprensión quiere que se vayan el mal y el infortunio. Por eso leemos que aun Cristo reprochó, o reprendió, llamando a los judíos una generación de víboras, hijos del diablo, hipócritas, ciegos, necios, mentirosos, etc. No los maldijo para que este mal continuara; más bien deseaba que fueran librados del mal. San Pablo hace lo mismo cuando llama al mago un hijo del diablo y lleno de engaño, (Hechos 13:10). Asimismo, el Espíritu reprueba al mundo del pecado (Juan 16:8) etc.

53. Pero aquí hay una fuerte objeción: los santos de las Escrituras no solo reprochan y reprenden, sino también maldicen. Jacobo, el patriarca, maldijo a sus hijos Rubén, Simeón y Leví (Gén 49:7). Gran parte de la ley de Moisés se compone de maldiciones, especialmente Deuteronomio 28:15-68, y manda maldecir públicamente en el monte Ebal (Deu 27:13). ¡Cuántas maldiciones se encuentran en los salmos, particularmente en el Salmo 109! Otra vez, David maldijo a Joab, el capitán de su ejército (2 Samuel 3:29). San Pedro amargamente maldice tajantemente a Simón: “Tu dinero perezca contigo” (Hechos 8:20). San Pablo maldice a los seductores de los gálatas (Gál 5:12): “¡Ojalá se mutilaran los que os perturban!”, y dice: “El que no ame al Señor Jesucristo, sea anatema” (1 Cor 16:22). Asimismo, Cristo maldijo a la higuera inocente. Mat 21:19. Y Eliseo maldijo a los niños de Betel (2 Reyes 2:24). ¿Qué diremos de esto?

54. Contesto: Debemos distinguir aquí entre el amor y la fe. El amor no debe maldecir, sino siempre bendecir; la fe tiene la autoridad y la obligación de maldecir. La fe nos hace hijos de Dios, y está en el lugar de Dios; pero el amor nos hace siervos de los hombres, y ocupa el lugar del siervo. Por tanto, el Espíritu tiene que estar presente. En donde él no está, nadie puede entender rectamente ni usar o seguir tales ejemplos de maldecir. Así sucede aquí que la maldición está opuesta a la maldición: las maldiciones de Dios contra las maldiciones del diablo. Cuando el diablo, por medio de sus seguidores, resiste, corrompe o impide la palabra de Dios, resiste la bendición de Dios que viene a través de la palabra y no se produce más que maldición ante Dios. Entonces es tiempo para que la fe salga rápidamente, maldiga y desee que esa maldición e impedimento perezca, para que haya lugar para la bendición de Dios.

55. Por ejemplo, cuando alguien hace una maldición pidiendo que Dios desarraiga y destruya el papado, el sacerdocio, los monjes y las monjas con sus conventos y monasterios, el mundo entero debe decir: “Amén”. Deben hacerlo porque la palabra y la bendición de Dios son maldecidas, condenadas e impedidas en el mundo entero por estos engaños diabólicos. No puedes practicar el amor con las cosas que son tan venenosas, malas y diabólicas; entre más los servimos y cedemos a su voluntad, más endurecidos se hacen, y se enfurecen y fulminan contra la palabra de Dios, su Espíritu, la fe y el amor. Por tanto, Cristo lo llama un pecado contra el Espíritu Santo, que nunca se puede perdonar, y San Juan dice: “Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida” (1 Juan 5:15). Es inútil, porque no tolerarán ningún amor o servicio a menos que les deje quedarse en su abominación, y ayude, fortalezca, honre y exalte su abominación. Por lo que sea que hagamos con ellos, se enfurecen contra el Espíritu Santo, lo blasfeman y condenan, dicen que la manera en que la gente les trata no viene del amor y la fidelidad de Dios, sino del odio y la envidia amarga del diablo, y que no es la palabra de Dios, sino mentiras, herejía y error del diablo.

56. En resumen, esta clase de maldecir es una obra del Espíritu Santo que sirve solo a Dios. Es una obra del Primer Mandamiento, aparte de y superior al amor. A menos que Dios nos mande hacer cierta buena obra de amor a alguien, nunca somos obligados a amar, porque su voluntad debe tener precedencia sobre todas las buenas obras y amor que podría hacer para mi prójimo. Si pudiera salvar el mundo entero en un solo día, si

no fuera la voluntad de Dios, no debería hacerlo. Así no debo bendecir ni hacer bien ni mostrar ninguna clase de amor a nadie, a menos que Dios quiera que lo haga y me mande hacerlo. Por tanto, la palabra de Dios debe ser la norma de mi amor para mi prójimo, así como el Primer Mandamiento es la medida de todos los otros mandamientos. Contra los mandamientos de la Segunda Tabla, podría cometer homicidio, robar, secuestrar a mujeres e hijos, ser desobediente a padre y madre si fuera para la gloria de Dios y en conformidad con su voluntad según el Primer Mandamiento, como hizo el pueblo de Israel a sus enemigos, los paganos. Así el Espíritu puede hacer y a veces hace obras que se consideran contra todos los mandamientos de Dios, pero solo contra los mandamientos de la Segunda Tabla, que nos dirigen a nuestro prójimo, y son de acuerdo con los primeros tres mandamientos de la Primera Tabla, que nos dirigen a Dios. Por tanto, primero hazte un Pedro, Pablo, Jacob, David o Eliseo, y entonces también tú puedes maldecir en el nombre de Dios con muy gran mérito ante él.

“Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran”

57. Estos dos puntos se pueden ligar con lo que se dijo antes: “Compartid las necesidades de los santos”, que Pablo primero resaltó, y luego también enseñó de tratar correctamente a los perseguidores, debido a quienes tales faltas y necesidades repetidamente vienen. Sin embargo, pienso que está hablando aquí en general de cómo debemos actuar hacia todos y adaptarnos a sus circunstancias, si les va bien o mal, aunque no tengan carestías ni necesidades. Entonces como siervos comunes del mundo entero podemos tomar cuidado de todo lo que les aflige, de modo que podamos atraer y llevarlos al evangelio. También tiene más que decir de ese cuidado.

58. Ahora, si alguien está contento, no debemos parecernos enojados, como los hipócritas que quieren ser algo especial, y con su rostro serio quieren representarse como los únicos que son sabios y santos, y que los que se regocijan en lugar de llevar, como ellos, un rostro serio, son necios y pecadores. Más bien, debemos estar contentos con su gozo, si no es contra Dios.

Por ejemplo, un padre está contento cuando su esposa es saludable, piadosa, bonita y da a luz un hijo; cuando un niño es piadoso y razonable, etc.; cuando le va bien en su alma, cuerpo, propiedad, honor y familia. Podemos regocijarnos en esto como si fuéramos nosotros mismos. Estos son dones de Dios, que él da, como Pablo dice en Hechos 14:17, para que pueda llenar los corazones de los hombres con alegría. Aunque muchos abusan de estos dones y alegría, no por eso dejan de ser dones de Dios. No se deben condenar con una mirada agria, como si la gente no debería tenerlos. Por otro lado, debemos llorar con él cuando le va mal, como si también fuera mal con nosotros. Leemos que David lloró y lamentó por Saúl, Jonatan y Abner. Asimismo, Pablo se interesó en el enfermo Epafrodito como si fuera su propia enfermedad (Filipenses 2:27).

“Unánimes entre vosotros”

59. Pablo antes, versículo 10, habló de tener la misma mente en los dones espirituales ante Dios, de modo que todos deben agradarse y considerar bueno el oficio y los dones

de otro. Aquí habla de la vida externa y mundana ante la gente, en que cada uno debe agradarse con el estado, la vida, el oficio y la obra de otro, y nadie debe pensar que es mejor que otros. El siervo del zapatero tiene al mismo Cristo como un príncipe y rey, una mujer el mismo como un hombre, de modo que también aquí entre los caminos y distinciones externas y variadas entre la gente la única fe y el Espíritu todavía son el mismo.

60. Pero esta doctrina por mucho tiempo se ha perdido completamente. Los príncipes, señores, nobles, los ricos y los poderosos están enamorados de sí mismos y piensan que son las únicas personas en la tierra. Aun entre ellos, uno aspira a ser más exaltado, más noble y más recto que otro. Hay tantos pensamientos y opiniones entre ellos que apenas las nubes del cielo son tan variados y diferentes. No tienen el mismo pensamiento y opinión en cuanto a las variadas distinciones externas entre ellos, ni piensan que el estado y la vida del otro sea tan bueno como los de él, ni les agrada tanto como el suyo propio “Solo lo mío es lo mejor; todos los demás apestan”.

Luego entran los campesinos, todavía en sus botas; el panadero aspira a ser mejor que el peluquero; el zapatero más noble que el que alquila baños. Si alguien nació fuera de matrimonio, no puede entrar en un comercio, aunque sea santo, a menos que pueda producir una carta de nacimiento legítimo. Los oficios se han hecho tan divididos que hay tantos prejuicios obstinados como hay amos y siervos. ¿Cómo pueden los que piensan tan diferentemente acerca de cosas temporales despreciables, pobres, tener una mente unida acerca de oficios y tesoros espirituales? Es cierto, debe haber varios estados terrenales, maneras de vivir y gremios en la tierra, pero es pagano, no cristiano y mundano agregar a ello una opinión y considerar a uno como cristiano por encima del otro por causa de tal suciedad, y no ver que internamente todos son iguales ante Dios.

61. Eso no solo no es cristiano, es mujeril e infantil. Una mujer piensa que es mejor que otras si puede manejar el huso o la aguja con más destreza que otra, o por ajustar su gorra más atractivamente que su vecina, o aun cosas menos significantes. No recuerda que es tanto una mujer (no diré más) que otra. Los niños actúan igual: cada uno piensa que su propio pan y mantequilla es mejor y que su pajarito es el más bonito; y si no, llorará hasta que sea el más bonito.

Es lo mismo con las mujeres y niños y con el mundo, en donde este es todopoderoso, otro es el mejor cristiano de todos, este es el más ilustre, aquel otro otra cosa, este tiene un nacimiento más noble, aquel otro es muy docto, ese es respetable. Por amor a tales distinciones, se ponen a comenzar con el odio, el asesinato, y toda miseria, y la mente de cada uno se aferra obstinadamente a sus propias cosas. Sin embargo, estos se supone que son cristianos, que tienen toda clase de mentes divididas y desiguales.

“no seáis altivos, sino asociaos con los humildes”

62. Aquí Pablo agrega una explicación y guarda contra toda clase de interés. Como he dicho: “Todo el mundo se agrada de sus propios caminos, por eso el mundo está lleno de necios”. Si uno ve que otro es más alto, no tiene descanso, sino gustosamente sería

igual a él. Por eso actúa contra estas dos enseñanzas de San Pablo: con los humildes o sus iguales todavía se agrada más de sus propias cosas, y sus cosas son las más valiosas; pero con sus superiores, no puede pensar que es el mejor, y así lucha y presta atención solo a sus cosas altas y de valor. Todo eso produce un espíritu y mente desigual en su corazón que no le deja estar satisfecho con lo que tiene en común con ellos de Cristo, y que se aferra a tales diferencias externas.

¿Pero qué dice San Pablo? No dice eso, sino “No pongas tu mente en lo que el mundo considera alto”. En otras palabras: “Verdaderamente debe haber tales distinciones en la tierra, una cosa alta, otra baja. No todo puede ser oro, ni todas las cosas pueden ser paja, sino en estas cosas desiguales debemos pensar la misma cosa, así como Dios trata por igual y da su palabra y Espíritu tanto al humilde como al alto”. Pablo tiene motivo para usar la palabra “prestar atención”. Es necesario tener “cosas altas” y no hace daño, pero “prestar atención” a ellas, aplicar el corazón a ellas, jactarse de ellas y pensar negativamente de los que no las tienen es pagano.

“sino asociaos con los humildes”

63. En otras palabras: No desprecies las ocupaciones y la vida humildes. No digas que lo que es humilde debe ser exaltado o quitado. Porque Dios los usa, y el mundo no puede existir sin tales ocupaciones humildes. ¿En dónde estarían los ricos y poderosos si no hubiera pobres y súbditos? Así como los pies apoyan el cuerpo, así los humildes sostienen a todos los estados altos. Por tanto, así como el cuerpo actúa con los pies, así los altos deben actuar hacia los humildes, no prestando atención ni considerando la altura que tienen, sino siendo guiados y agradados con lo que los humildes son y tienen. Este “hacerse igual a los humildes” también se habla espiritualmente de la forma de pensar en el corazón. Cristo hizo lo mismo. Todo lo que estaba alto en él, no lo rechazaba ni negaba, pero no prestaba atención a ello y no se jactaba de él contra nosotros; más bien, se hizo igual a nuestra miseria, no nos menospreciaba, sino nos servía con su posición exaltada.

“No seáis sabios en vuestra propia opinión”.

64. Aquí la gente termina esta Epístola en las iglesias. Por tanto, queremos recorrer todo brevemente. Esta sabiduría propia es la actitud obstinada en las cosas mundanas que no deja que nadie le diga nada y pretende saber todo mejor de lo que cualquiera puede decirle. Todo lo que él piensa es correcto y bien hecho, y no cede a nadie. Pero el cristiano debe ser muy complaciente en estas cosas, ceder de buena gana, y dejar a todos tener la razón, porque no trata de la palabra de Dios y la fe, sino del honor, la propiedad y los amigos terrenales.

“No paguéis a nadie mal por mal”

65. Cuando enseñó arriba, versículo 14, que no debemos maldecir, hablaba de los que no podían vengarse ni repetir el mal, porque no quedaba nada que hacer sino maldecir y desear todo infortunio sobre los que eran más fuertes que ellos. Aquí habla de personas

que son iguales, uno de los cuales puede pagar mal por mal al otro, y hacen un truco malo tras otro, sea haciendo algo u omitiendo algo, pero principalmente por omitir. Pero el cristiano debe hacer bien al que le hace mal, y no detenerse, así como Dios deja su sol brillar sobre justo e injusto (Mat 5:45).

“procurad lo bueno delante de todos los hombres”.

66. Como dice a los tesalonicenses: “Absteneos de toda especie de mal” (1 Tes 5:22); y a los filipenses: “Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filipenses 4:8), etc. Todo esto se dice de nuestra conducta externa, para que el cristiano no piense que puede hacer lo que le dé la gana, sin considerar si agrada a nadie o a todos. Eso debe hacer solo en asuntos de fe. En su vida externa debe actuar de tal forma que nadie pueda reprocharlo, sino todos se agraden, como dice Pablo: “Agrad[ais] a todos. No seáis tropiezo ni a judíos ni a gentiles” (1 Corintios 10:32,33); y Pedro: “Mantened buena vuestra manera de vivir entre los gentiles” (1 Ped 2:12).

“Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres”.

67. Esto se dice de la paz externa “con todos”, tanto cristianos y paganos, piadosos y malos, altos y humildes. Los cristianos no deben dar ninguna ocasión para la discordia, sino más bien soportar todo lo que haga la gente, de modo que por causa de nosotros se preserve la paz. Por tanto, no debemos pagar mal por mal, no devolver el golpe, porque devolver el golpe causa una riña. Por esa razón Pablo agrega: “en cuanto dependa de vosotros”; es decir, no debes hacer daño a nadie, de modo que una riña no venga de tu lado, sino solo del otro lado. Debes ser apacible con todos, aunque toda la gente cause discordia. Nadie tiene el poder de hacer que la paz quede en todas partes, como dice la gente: “No puedo tener paz más tiempo de lo que quiere el prójimo”. Pero está en nuestro poder estar en paz con todos, tanto enemigos y amigos, y soportar discordia de cualquiera. “Sí”, dices, “¿pero entonces cuál es mi situación?” Escuches:

“No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: «Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor»”.

68. Aquí ves cómo explica la paz como soportar la discordia de otro, porque nos prohíbe devolver el golpe y vengarnos. No solo nos consuela porque recibirá venganza, sino también nos hace temer entrometernos en el oficio de Dios; sólo él vengará y pagará. Al mismo tiempo lamenta el gran infortunio de nuestros enemigos señalando cómo incurren la ira de Dios; nos obliga a sentirles lástima, puesto que tenemos que dejar espacio para la ira de Dios y dejarlos caer en las manos de Dios.

Esta venganza e ira de Dios se cumplen en varias formas: a veces por medio del gobierno, a veces por el diablo, a veces por la enfermedad, el hambre, la pestilencia, el fuego, el agua, la guerra, la hostilidad, la vergüenza, y toda clase de desgracia que hay o puede haber en la tierra. Todas las criaturas son la vara y el arma de Dios cuando quiere

castigar, como dice: “Tomará la armadura de su celo y armará a la creación para vengarse de sus enemigos” (Sabiduría de Salomón 5:17).

69. Por eso San Pablo dice: “Dejad lugar a la ira”, pero he agregado “de Dios”, para hacer el texto tanto más claro, de modo que se entienda de la ira de Dios, no de la ira humana, como si San Pablo quisiera decir que debemos dar lugar a la ira de los enemigos. Aunque eso es cierto, aquí no habla de esa ira, sino de todo el infortunio y miseria que en conjunto se llaman la ira de Dios. Por eso también omitió “de Dios”, para que la gente no pensara que hablara solo de la ira de Dios en el día final, cuando Dios mismo castiga sin medios. Más bien, quiere hablar de toda la ira, si es temporal o eterna, con que Dios castiga. Esta es una forma de hablar del Antiguo Testamento. Finees dice: “Hoy o mañana se encenderá la ira contra nosotros” (Josué 22:18). Moisés en varios lugares dice: “La ira de Jehová se encendió” (Núm 11:1,10,33). Lo digo para que, cuando el gobierno que lleva la espada castiga, o los enemigos son dañados, llamemos eso la venganza de Dios y expliquemos las palabras de Moisés: “Mía es la venganza” (Deu 32:35) no solo acerca del castigo de Dios sin medios.

“Así que, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber, pues haciendo esto, harás que le arda la cara de vergüenza”.

70. Eso es lo que dije, que se debe tener lástima del enemigo porque cae en la venganza de Dios; así que es cristiano no hacerle ningún daño, sino solo hacerle bien. San Pablo cita las palabras de Salomón (Proverbios 25:21-22). Mi entendimiento de las palabras “ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza” es que el enemigo es cubierto de tantas bondades que finalmente se enciende y quema, enojado consigo mismo, y será tanto más amigable a nosotros. Las ascuas significan bondad; por eso, los carbones en el censario significan la bondad de Dios, que se debe mencionar en la oración de modo que la oración huela bien y suba (Salmo 141:2).

Algunos dicen que las ascuas significan la ley de Dios y el juicio, como el salmista dice: (Salmo 18:8): “carbones fueron por él encendidos”; así el enemigo se siente tanto más culpable debido a la bondad y está cargado tanto más con el juicio de Dios y su ley. Pero pienso que el cristiano no debe desear eso para su enemigo, aunque no es un entendimiento inapropiado y está de acuerdo con las palabras “Dejad lugar a la ira de Dios”, es decir, haz bien, porque la ira y los carbones de seguro lo encontrarán.

“No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”.

71. San Pablo concluye con estas palabras. Creo que está explicando los “carbones encendidos” de acuerdo con el primer entendimiento, que significa vencer la malicia del enemigo con el bien. Ser vencido de lo malo no es otra cosa que cuando tú también te haces malo y pagas el mal al que te hizo mal; de esta forma el mal te vence para que tú llegues a ser tan malo como él. Pero si lo vences con el bien, entonces se hace tan bueno y piadoso como tú. Este es un entendimiento espiritual, cuando el corazón, el espíritu y el alma, y aun el diablo, que promueve y realiza el mal, son vencidos.